

DOMINGO XXX DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Éxodo 22, 21-27): *Yo soy compasivo.*

Salmo (17, 2-3a 3bc-4.47y51ab): *«Yo te amo, Señor, tú eres mi fortaleza»*

2ª lectura (Tsalonicenses 1, 5c-10): *Vivir aguardando su vuelta.*

Evangelio (Mateo 22 34-40): *Amarás al Señor tu Dios.*

La palabra “competencia”, se ha utilizado siempre al enfrentamiento en un terreno de juego donde se compite, donde hay al menos dos contendientes o equipos que luchan por salirse con la suya, por ganar la partida, por vencer en definitiva.

Este sentido de competencia pasó del juego y el deporte a la esfera de la economía y hoy, al oír la palabra, inmediatamente se piensa en las leyes del mercado, en el capitalismo y sus empresas. Después se hizo corriente en el ámbito educativo, con el sentido de rivalidad entre estudiantes por conseguir mejores notas. También se habla de “competencias” para referirse a las habilidades y capacidades que un alumno tiene que desarrollar para alcanzar los objetivos y aprobar una asignatura.

Sin embargo, ambos usos están muy relacionados en la sociedad, donde economía y educación convergen. De hecho, desde pequeños, en la escuela, y hasta que nos jubilamos, cuando se supone que uno puede vivir con su pensión y sin tantas preocupaciones por el dinero, vivimos en un mundo de competencias, un mundo competitivo.

Hay que tener competencias, es decir, saber cosas y saber hacer otras. Mejor educado está el niño que más cosas sabe para enfrentarse con ese mundo de competiciones: hablar inglés, tocar el piano, solucionar problemas prácticos, usar el ordenador y la tablet..., porque esas y muchas otras cosas se las puede exigir en el futuro, y tiene que estar preparado para que otros no le quiten el puesto, o para que él pueda “ganar” en lo suyo.

Para competir, en el sentido económico, es necesario tener muchas competencias y ser cada vez mejor en ellas. En el bachillerato, en la universidad, en las primeras prácticas profesionales, en los contratos precarios o indefinidos, en las listas de empleo o en la de los cursos del paro, hay que competir, y solo gana quien lo sabe hacer mejor y más rápido, lo cual quiere decir: “vivir siempre más competente y competitivamente”.

Al pensar en una sociedad de “competencias” y en “competencia”, recuerdo una frase que vi en un cartelón de la fachada de un colegio: “Saber más para ser mejor”, porque, aunque quiera expresar algo positivo, recoge, a la vez, una de nuestras grandes ambigüedades. Queremos ser mejores que otros, y cada vez mejores que nosotros mismos; para ello creemos que es necesario saber más y estar más cerca de la verdad. El objetivo no es conquistar lo cierto sino ser mejores y más competentes haciéndolo.

Esta misma ambigüedad preside la actitud que los fariseos adoptan en el evangelio, reforzada, además, por la rivalidad y competencia que tenían con los saduceos, a los que Jesús **«había hecho callar»**. Jesús podría ser de los suyos, y de Él buscan la verdad sobre lo más importante, lo que nos cuestiona a todos los creyentes: **¿Qué quiere Dios de mí?** Y, sin embargo, **«poniendo a prueba»** a Jesús, les inunda ese deseo de saberlo para ser mejores, para dotarse de la última razón: no la de Dios sino la suya propia, colocándose así en el puesto predominante sobre los demás y sobre sí mismos.

Jesús les dice, y nos dice, algo que los fariseos muy bien sabían, porque lo repetían varias veces al día, lo llevaban atado a sus muñecas y pendía en pergamino de los dinteles de sus puertas: que lo principal es amar a Dios con todo lo que uno siente, sabe y es. Volcarse hacia Dios como Dios se ha entregado a uno.

Pero este principio queda como un interrogante: **¿qué es amar a Dios, como se hace?** Su respuesta es lo que los fariseos buscan en realidad: **¿Qué hacer?** Jesús responde sencilla y profundamente: sentir, saber y ser uno mismo; amar todo esto de uno para amar con ello a Dios, significa volver a amar, a amar al prójimo: a quien esté cerca para sentir, saber y formar parte de impulso del mismo amor; un mismo amor que une.

El principio reviste la forma de un mandamiento que habría que obedecer, pero ninguna obediencia puede llegar a su altura. No hace falta normas para amar a Dios, reglas que nos hagan mejores ante Él. El principio de la Ley es la falta de una obediencia principal, porque toda ella está colmada del principio del querer: el Amor.

Y no se sabe, ni se siente, ni se es, para saber más, sentir o ser mejor, sino para continuar amando en el amor de Dios. De este querer divino y humano nacen todas las leyes, empezando por las que velan por los que saben menos, peor se sienten y están considerados de más en la sociedad (forasteros y viudas en tiempos de Jesús).

Jesús, en este encuentro, presenta la enseñanza más radical, y, en las palabras más sencillas y profundas que todo hombre, judío o pagano, podría entender, de la verdad que venía con Él de parte de Dios: si algo de la vida importa, si algo tiene sentido último y fundamental, ese algo se llama AMOR.